

Pablo Neruda y la Mujer

Gloria Cepeda Vargas

Universidad del Cauca

Resumen: Si se trata de ahondar en lo que significa la presencia femenina en la obra poética de Pablo Neruda, hemos de enfocarlo desde las tres vertientes que configuran su personalidad: el poeta, el político y el amante. Esto porque su militancia política y el tremor de las tierras que recorrió, permean frontal o simbólicamente sus poemas de amor.

Palabras clave: amor, poemas, presencia femenina, político..

Abstract: *Studying thoroughly what feminine presence means in the poetic work of Pablo Neruda should be focused on three sides that configures his personality: the poet, the politicians and the lover. This, in order that his politics militancy and the tremor of the lands he travelled through, they permeate, frontal or symbolically, his love poems.*

Key words: *love, poems, feminine presence, politician.*

Neftalí Ricardo Eliécer Reyes Basoalto, más conocido como Pablo Neruda, nació en Parral (Chile), el 12 de julio de 1904. Fue hijo del obrero ferroviario José del Carmen Reyes y de la maestra rural Rosa Basoalto, fallecida en agosto de ese año. El padre entonces lo lleva con él a Temuco, donde arriban en 1910.

Entre 1914 y 1920 cursa y adquiere en el Liceo de Varones de Temuco su licenciatura en Humanidades. De entonces data su encuentro con Gabriela Mistral, directora del Liceo de Niñas de Temuco y ya célebre por el galardón obtenido con sus *Sonetos de la Muerte*:

Por ese tiempo —dice— llegó a Temuco una señora alta con vestidos muy largos y zapatos de taco bajo. Se llamaba Gabriela Mistral. Yo la miraba pasar por las calles de mi pueblo con sus ropones talarés y le tenía miedo. Pero cuando me llevaron a visitarla, la encontré buena moza. En su rostro tostado en que la sangre india predominaba como en un bello cántaro araucano, sus dientes blanquísimos se mostraban en una sonrisa plena y generosa que iluminaba su habitación. Yo era demasiado joven para ser su amigo y demasiado tímido y ensimismado (Confieso que he vivido).

Escribió sus primeros poemas en el Liceo de Varones de Temuco, bajo la cantinela de una lluvia tamborileante sobre las calles lavadas por el agua que caía “meses enteros, años enteros”. Era el sur de Chile

sumergido hasta la frente. De ahí vienen esas ráfagas grises y húmedas que lo atan al recuerdo: “Océano, tráeme/ un día del sur, un día agarrado a tus olas/ un día de árbol mojado/ ¡Trae un viento azul/ azul polar a mi bandera fría!” (“Quiero volver al sur”, *Canto General*, p. 24).

El Neruda de 16 años que era él en 1910, ya al margen de la ruidosa compañía de unos condiscípulos que, como afirma en las páginas de *Confieso que he vivido*, “no respetaban mi condición de poeta”, empieza a sudar en una poesía sencilla y a veces vacilante: “La vida se hace pompa de oro/ y el amor lírica canción/ que blanda y suave vibra, como/ místicas mieles de oración” (“En el país encantado”). Son poemas obsequiados por él a su hermana Laura y cuidadosamente seleccionados con el título de *Cuadernos de Temuco*, en esa selva desordenada que era su poesía anterior a *Crepusculario*, aunque textos como “Sensación de olor”: “Fragancia de lilas/ claros atardeceres de mi lejana infancia...”, pertenecientes a esa época, figurarían después en su primer poemario publicado.

Los *Cuadernos de Temuco* poseen indiscutible valor humano y literario. En esas páginas escritas a la implacable luz del invierno austral y de la sangre adolescente, cuenta lo desconcertante del amor: “No eres para mis sueños/ no eres para mi vida” (“La vulgar que pasó”); lo lancinante del abandono: “¡Oh mujer que en mi ruta con mi dolor te igualas” (“Mujer de mis primeros sueños”); la influencia de las lejanas melodías de Rubén: “¡Oh toque de violines en la tarde muriente/ nuestros cordajes íntimos vibradores en él!” (Sin título).

Temuco fue una herrería presta a su forja desafiante. Circunstancias casi olvidadas en esa historia cruel y bravía, llamada eufemísticamente la pacificación de la Araucanía, lo convirtieron en el hombre “lluvioso y alegre/ enérgico y otoñabundo” que después de caminar sin tregua, se sienta a descansar sobre las páginas finales de “Estravagario”.

Radicado en Santiago, publica *Crepusculario* (1923) y un año después sale a la luz *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, del cual la escritora española Agelina Gatell, dice: “Veinte poemas de amor es el libro que viene a desplazar, dentro de las letras hispanas, las tan justas prestigiadas Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer”.

El poemario de amor más degustado y manoseado de cuantos andan por el mundo, osaríamos decir que no existe un solo enamorado con

acceso a los libros que haya olvidado tocar con insistencia a las puertas de las “blancas colinas” que alinderan el Poema 1: “Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos/ te pareces al mundo en tu actitud de entrega”.

En 1921 conoce a Albertina Rosa Azócar, su primero y poderoso amor. En 1927 es nombrado cónsul de Chile en Ceilán. Ya para entonces publica profusamente y tres años después, el 6 de diciembre de 1930, se casa con la holandesa María Antonieta Haanegar.

A partir de 1934, se establece en España y entabla una estrecha relación amistosa con algunos de los poetas de la Generación del 27 (1). Estalla la guerra civil española (1936) y es destituido de su puesto diplomático por motivos políticos. Se traslada entonces a París, donde funda con César Vallejo, el Grupo Hispanoamericano de Ayuda a España. Ese año se separa de María Antonieta y se casa con la argentina Delia del Carril.

1938 marca el inicio de su trashumancia: una sucesión de conferencias, recitales, congresos, viaje y nuevos amigos, le permite recorrer ampliamente América latina.

Gobierna Chile González Videla y Neruda es nombrado senador por las provincias norteñas de Antofagasta y Tarapacá. Ante el peligroso viraje de régimen, publica en *El Nacional* de Caracas un documento que denuncia los desmanes gobiernistas: “Carta íntima para millones de seres”, profusamente distribuida. El gobierno inicia contra él un juicio político y ante el desafuero y posterior auto de detención que le dictan el Congreso y la Corte Suprema, va al exilio: “El exilio es redondo/ un círculo, un anillo/ Le dan vueltas tu pies, cruzas la tierra/ no es tu tierra” (“El fuego cruel”).

Separado de Delia del Carril, se casa en 1956 con Matilde Urrutia. En 1971 obtiene el Premio Nobel de Literatura. Su amigo y compañero de luchas, Salvador Allende, presidente constitucional de Chile, muere en el Palacio de la Moneda, bajo la asonada dirigida por Augusto Pinochet. El 11 de septiembre de 1973 fallece aquejado por una enfermedad terminal y devastado psicológicamente por lo sucedido y el presentimiento de lo que se avecinaba: “¿Es verdad que vuela de noche/ sobre mi patria un cóndor negro?”.

La trascendencia de su obra en la poesía de habla castellana se centra en la enseñanza de Darío. El modernismo, ya para entonces en gran parte sustituido por el monstruo surrealista de posguerra, le presta

sus viejas alas para volar sobre una llanura poblada de centauros. Neruda es el producto ecléctico de las insurgencias del intelecto y la sensibilidad.

Es notoria la curiosidad casi infantil que lo acompañó a lo largo de su vida. Su afición a los juguetes no lo abandonó jamás. Su casa de Isla Negra, llena de veleros embotellados, de trenes que corrían sobre rieles diminutos o de innumerables figurillas de madera, yeso, piedra o cristal ultramarino, lo reafirma.

Quizá debido a esa capacidad de asombro característica en el niño fue, por excelencia, el poeta de la vida. Y ¿qué es la vida? pues nada más y nada menos que la sublimación del instinto. ¿Y quién induce al hombre a hurgar como un duende travieso en los intersticios del impulso amoroso? Lógicamente una mujer.

El hecho de que Neruda represente la vida polisémica, polimorfa, mutisápida, cambiante, desarraiga, visionaria o compulsiva lo identifica como al juglar más impenitente que ha conocido la lengua española de vanguardia, en lo que atañe a la divulgación y el ardimiento amorosos. Urgido de los zumos y los abracadabras femeninos es, al menos entre los poetas castellanos de este tiempo, el enamorado por antonomasia. A pesar del talante aventurero con que vistió la palabra y la echó a andar, su objetivo primordial: la mujer, fue descubrimiento único cada vez. En él el amor aparece como fuego estacional. Cada una de las mujeres que lo amaron, representa el área sangrante y pulsativa que lo complementa. El cráter genital y profundo que se ve compelido a explorar.

La infidelidad en Neruda es característica desde los días de adolescencia hasta los otoñales vividos al lado de Matilde Urrutia. Cauce en constante riesgo de desbordamiento necesita de la mujer como de un dique. Si a esto agregamos la tendencia del poeta a la sublimación, su menester evasivo, su proclividad a idealizar y su falta de arraigo en la superficie visible tendremos el porqué de ese registro incansable de almas y cuerpos femeninos que lo desvela.

Enredado en una marea visceral, no se detiene ante nada. Algunos críticos hablan de su poca elegancia en estas lides. Lo tildan de vulgar y poco selectivo al convivir con mujeres que en nada respondieron a su talento y sensibilidad.

En los días de su desempeño como diplomático en el Oriente, se unió sentimentalmente a Jossie Bliss, “la pantera asiática”, una nativa

que sólo estaba capacitada para satisfacerlo sexualmente. Ella fue la inspiradora del conocido “Tango del viudo”: “¡Oh maligna/ ya habrás hallado la carta/ ya habrás llorado de furia/ y habrás insultado el recuerdo de mi madre/ llamándola perra podrida y madre de perros/ Ya habrás tomado sola, solita/ el té del atardecer/ mirando mis viejos zapatos vacíos para siempre”. Fue ésta una relación tormentosa y primitiva, cruzada por ráfagas de celos asesinos y únicamente trascendente en las palabras del polémico texto que lo inspiró.

El objeto del amor es, para el hombre y la mujer fantasiosos, un corcel desbocado. Ahí residen el misterio del arte y de seducción poética. El hacedor de poesía se alimenta de una ficción inconsciente obedeciendo al apremio quimérico. Y sabemos que la fábula no es terreno propicio para construir edificios duraderos.

Por lo tanto, como en un extraño juego dialéctico la única mujer esclava y esclavizante fue para él la Poesía, en los azarosos momentos de la persecución política, en los galantes de los salones diplomáticos, en los nostálgicos del exilio y, en mayor medida, en los hirvientes de la caricia, del beso, de la cópula, siempre ella velando su sueño y encadenándolo hasta el fondo.

La mujer es para Neruda, a fuerza de complemento erótico, sensual, sexual o maternal, una extrapolación continua. El mundo entero lleno de bocas, de piernas, de sexos femeninos se le ofreció con largueza y él tomó lo que necesitaba en el momento en que lo necesitaba. Por eso su poesía de amor se lee con tan entrañable fruición. Y no es en este caso la galanura del lenguaje. Por encima del telar verbal, arde el hervor genésico y triunfa la admonición cósmica.

Tal vez el secreto de su hambre insaciable de mujer, resida en la atmósfera panteísta que respira, la cual, desde *Crepusculario* hasta *El fin del viaje*, su póstumo y último libro, publicado en España en 1982, lo señala como protagonista de una aventura que no terminó ni con su muerte.

Animal madrugador y nocturno olfatea en el viento el olor de la hembra. Habitado por apetitos carnales recurrentes, la reivindicación de sus a veces poco selectivas cacerías, reside en el lenguaje hechizante, en la humildad con que se inclina ante la compañera momentánea y en la munificencia de su vena creadora, circunstancias que lo convierten en el amante aceptado y celebrado mundialmente.

A través del cuerpo femenino incursiona en los personajes y circunstancias que lo envuelven. La piel, el perfume y sobre todo el clima vegetal y animal que circuye al ser humano, son para él referidos a la mujer un caleidoscopio que se transforma con cada movimiento.

La savia que estremece su lozano ramaje se impone a cualquier consideración: “Mi deseo de ti fue el más terrible y corto/ el más revuelto y ebrio/ el más tirante y ávido” (“Una canción desesperada”).

A todas las amó en el momento exacto. Es la tragedia del animal en celo, transformada por su habilidad de alpinista o de buzo, pero también la admonición del niño que clama, abandonado y feroz, bajo la noche sin memoria: “Para mi corazón basta tu pecho/ para tu libertad bastan mis alas” (“Poema 12”).

Uno de los poemas que delatan con mayor evidencia lo que significaron para él la mujer y la coerción que todo amor impone, aflora en las palabras de “Farewell”. Poema de adolescencia, cuenta mejor que ninguno, lo que sería, hasta el fin, el Neruda cosechador de mujeres en una vendimia siempre ubérrima: “Desde el fondo de ti y arrodillado/ un niño triste como yo, nos mira/ Por esa vida que arderá en tus venas/ tendrían que amarrarse nuestras vidas”. Y luego, con una valentía o desaprensión poco comunes, confiesa: “Yo no lo quiero, amada/ para que nada nos amarre/ que no nos una nada...”. Lejos de las promesas implícitas en toda palabra amorosa, dice lo que siente. “Farewell” es, en la poética nerudiana, declaración de amor desnuda y veraz por excelencia.

Una de las más conmovedoras actitudes en este terreno es la melancolía con que evoca las mujeres que lo amaron. Ni rencores ni luchas estériles. Sólo la imagen embellecida en la distancia: “¿Por qué se me vendrá todo el amor de golpe/ cuando me siento triste y te siento lejana?” (“Poema 10”).

Después de estas generalizaciones entramos a hablar de las mujeres que rescatadas de entre el coro femenino que lo asedia, llegan hasta nosotros como inspiradoras de su poesía.

Corre el año de 1921 en Santiago de Chile. Todavía pasarán tres años para hacer efectiva la aparición de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Dicen los críticos que es difícil identificar a todas las mujeres que inspiraron estos textos. Neruda no quiso nunca

revelar sus identidades hasta 1962, cuando mencionó a dos de ellas con los apodos de Marisol y Marisombra.

Se sabe que Marisol fue en realidad Teresa Vásquez, una muchacha perteneciente a la alta sociedad de Temuco a quien el poeta conoció cuando él tenía apenas 16 años de edad y, por lo tanto, es probable que ella discurra a la sombra de los poemas amorosos que aparecen en *Los cuadernos de Temuco*. Fue un amor fugaz, recatado en el silencio que ella siempre guardó. Se dice que los separaron las diferencias sociales y es probable que así haya sido, ya que ella pertenecía a una de las familias más prestantes del lugar y él era apenas un adolescente sin fortuna y en apariencia sin porvenir.

Teresa Vásquez, vestida con el fragor de un nombre deslumbrante: Marisol, fue la inspiradora, entre otros, del “Poema 20” y de la “Canción desesperada”.

Algunos de los biógrafos del chileno dicen que la mujer que marcaría su vida en esa época (principios de los años 20), y quedaría, más que ninguna otra, flotando en la nostalgia de los amores imposibles fue Rosa Albertina Azócar, la Marisombra.

Su relación amorosa con Neruda, salió a la luz después de muchos años, en una serie de 111 cartas íntimas que él le había escrito desde Ceilán. Estas cartas se conocieron porque un familiar de Albertina, ya para entonces octogenaria, las sustrajo y publicó con el título de “Cartas de amor de Pablo Neruda”.

Pero ¿quién era en realidad esa misteriosa mujer que, bajo el mote de Marisombra, aparece como depositaria de un amor poderoso?

Se llamaba Rosa Albertina Azócar. Compañera de estudios de Neruda en la Universidad y dos años mayor que él, era hermana de Rubén Azócar, destacado poeta y amigo íntimo de Neruda.

Cuando él la conoció, se le rindió. El amor por su “lombriz regalona”, “niña de los secretos”, “rana”, “escarabajo” y otros epítetos igualmente deslumbrantes fue inmediato. El ambiente de esos años (1921, 1922, 1923), propicio a la bohemia y a la libertad, los acogió.

En 1923 Albertina viaja a Concepción dejando a Neruda en Santiago. De esa fecha datan las primeras cartas que integrarías una copiosa correspondencia, prolongada hasta 1932.

En 1927, a los 23 años de edad, es designado cónsul de Chile en Oriente. Desde allá, y a pesar de la tempestuosa relación amorosa que

sostiene con Jossie Bliss, le escribe pidiéndole que vaya a acompañarlo. Pero ella no responde a su llamada, y él, solo y decepcionado, contrae matrimonio con María Antonieta Haanegar. Ya casado, sigue escribiéndole: “La soledad que no quisiste remediar, se me hizo insoportable. Me gustaría tanto besarte un poco en la frente, acariciar tus manos que he querido tanto y darte un poco de la amistad que tengo para ti en el corazón” (“Neruda total”, Eulogio Suárez).

Después de diez años de haber conocido a Albertina, regresa a Chile acompañado de su esposa. A pesar de que el nombre de ella no aparece en ninguno de sus libros, el recuerdo de esta mujer enigmática y retraída, lo acompañará siempre. Fue para su corazón tornadizo y aventurero, primero una pasión y ternura constantes. Después un recuerdo más poderoso que la realidad.

Albertina es la protagonista del poema 6: “Te recuerdo como eras en el último otoño” y del conocido poema 15: “Me gustas cuando callas porque estás como ausente...”, de algunos de los que integran la *Tentativa del hombre infinito* y de la primera parte de *Residencia en la tierra*. La correspondencia que ella recibía de Neruda se cortó bruscamente en 1932, cuando él llevaba dos años de casado. Desde ese momento, su presencia desaparece epistolarmente de la vida del poeta.

“Puerto Saavedra tenía olor a ola marina y a madreselva. Detrás de cada casa había jardines con glorietas”, dice Neruda evocando así ese pequeño puerto donde solía pasar vacaciones con su familia, y escenario casi único de los *Veinte poemas de amor*.

Ahí, María Parodi, nativa del lugar, fue el nuevo amor. Una de las mujeres a quienes el poeta rescató para el mundo. Esa “Niña morena y ágil” (“Poema 19”) se aleja y vuelve en la cresta centelleante de las olas. *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* es un puerto lleno de jarcias, de gritos, de velámenes. Un sabor marino permea a esa mujer que “juega con el sol como con un estero”, hermana de las frutas jugosas y de las lianas curtidoras por la sal.

Hasta aquí las protagonistas del conocido poemario de amor de Neruda. Años después, en 1930, ya con 26 años de edad, contrae matrimonio con María Antonieta Haanegar. Con ella vive seis años (1930-1936) y procrea a la que sería su única hija conocida: Malva Marina, acerca de quien existen muy pocas referencias.

María Antonieta es quizá el ejemplar más descolorido en la iconografía amorosa del chileno. Al menos no se han encontrado

rasgos que la destaquen. Fue, al parecer, una mujer de espíritu doméstico, siempre en segundo plano, desprovista del brillo que tuvieron otros de sus amores. Neruda se casó con ella todavía bajo el influjo nostálgico del recuerdo de la lejana Albertina Rosa. En las biografías del poeta, esta mujer cruza en puntillas. Ni siquiera existen, que se sepa, poemas escritos para ella y esto es muy diciente en un hombre para quien hablar, gritar, romperse la garganta proclamando su amor, era inevitable.

En 1936, ya separado de María Antonieta conoce a quien sería una de sus compañeras más esplendorosas: la actriz argentina Delia del Carril. Cuando la conoció, ya estaba divorciada. Quince años mayor que él, era una mujer de rara hermosura y muy poco afecta al sometimiento que la vida doméstica imponía a las mujeres de entonces. Con ella vivió 18 años. Artista, temperamental y aristocrática, Neruda la recuerda como su incomparable compañera.

Entre los años de 1936 y 1954 compartieron la vida a pesar de que desde 1946 él sostenía una apasionada relación con Matilde Urrutia, con quien se fue a vivir en 1954, ya separado de Delia.

Matilde Urrutia es la última mujer conocida en la vida amorosa de Neruda. La conoció en 1946 y desde entonces fueron inseparables. Como él estaba casado, su relación debió desarrollarse en la clandestinidad.

Ella era una bailarina y cantante profesional chilena. Después del primer encuentro, partió a cumplir compromisos de trabajo en Perú y México y él regresó a enfrentar los graves acontecimientos políticos que se abatían sobre Chile. En 1949 se ve obligado a exiliarse. Los amantes viven entonces fugaces encuentros en Cuba y Europa, pero sería la isla de Capri el sitio escogido por ellos para disfrutar temporadas inolvidables.

Allí Neruda recopiló y dio a luz uno de sus más conocidos poemarios de amor: *Los versos de capitán*. Fueron muchos los lugares donde se había inclinado a declarar su amor a la lejana Matilde: hoteles, ferrocarriles, barcos, cafés, congresos de intelectuales y breves descansos obtenidos después de agobiantes reuniones políticas. De manera que al llegar a Capri, el libro está terminado. “Capri, reina loca/ en tu vestido/ de color amaranto y azucena/ viví desarrollando/ la dicha y el dolor, la vida llena/ de radiantes racimos/ que conquisté en la tierra”, dice en el poema titulado “Cabellera de Capri”.

Los versos del capitán protagonizan una historia apasionante: un día de 1952 llegó a manos del editor Paolo Ricci, en Nápoles, un poemario acompañado de una carta firmada por una tal Rosario de la Cerda, que a modo de presentación decía:

Me permito enviarle estos papeles que creo le interesarán y que no he podido dar a la publicidad hasta ahora. Tengo todos los originales de estos versos. Están escritos en los sitios más diversos como trenes, aviones, cafés y pequeños papelitos extraños en los que no hay casi correcciones. Este amor, este gran amor, nació en agosto de un año cualquiera en las giras que hacía como artista por los pueblos de la frontera franco española. Él venía de la guerra de España. Siento no poder dar su nombre. Nunca he sabido cuál es. Yo lo llamo simplemente mi Capitán.

El libro, impreso en bella y reducida edición, fue publicado como de autor anónimo. Dadas las circunstancias, Neruda no podía reconocer su autoría. Años más tarde diría:

Algunos críticos suspicaces atribuyeron motivos políticos a la aparición de este libro sin firma. Pero no era verdad. La única verdad es que no quise que esos poemas hirieran a Delia, de quien me separaba. Delia del Carril, pasajera suavísima, hilo de acero y miel que ató mis manos en los años sonoros, fue para mí, durante 18 años, una ejemplar compañera. Este libro de pasión brusca y ardiente, iba a llegar como una pedrada lanzada contra su frágil estructura. Fueron ésas y no otras las razones respetables y personales de mi anonimato (Confieso que he vivido).

Como dato curioso, posteriormente Diego Rivera, el gran muralista mexicano, pintaría un cuadro donde aparece Matilde con dos cabezas. Una de ellas representa a Matilde y la otra a Rosario de la Cerda, la firmante de la famosa carta. Entre ellas, apenas esbozado, el perfil de Neruda. Así plasmó Rivera la ambivalencia de ese amor nacido de las urgencias de la carne y el alma. Una mujer hallada por Neruda en la resaca de la guerra civil española, como su amante incondicional a pesar de saberlo comprometido con otra.

Enfrentados a la incompreensión de los que los rodeaban, incluidos algunos de sus amigos, la clandestinidad acogió al principio esta relación reñida con todo lo establecido y luego aceptada por todos.

Matilde y Pablo se casaron en 1956, a diez años de haberse conocido. Ella fue su última compañera. La mujer que le cerró los ojos el 11 de septiembre de 1973.

Esta mujer es la protagonista de todos los poemas de amor escritos por Neruda a partir de 1946. En *Cien sonetos de amor*, publicado en

1957, la nombra por primera vez. Es ya su presentación formal ante el mundo. En este libro, conformado por cien poemas ceñidos fielmente a las exigencias de forma y métrica propias del soneto clásico, la elegida adquiere jerarquía real. No es ahora la muchacha de pasión y deseo enroscada en los brazos del amante bajo el grito del viento: “El viento es un caballo/ óyelo cómo corre por el mar, por el cielo” (“El viento en la isla”), ni la locura desatada ni el incendio incontrolable. Ahora es una dama vestida con el legado aristocrático de Dante y Petrarca.

Calificado a veces como camisa de fuerza o cárcel de la palabra, el soneto se defiende por sí mismo. No se trata sólo de métrica, forma o rima tradicionales. En el tintineo melodioso o la dictadura silábica de endecasílabos o alejandrinos, yace el gran reto: construir un poema de cuerpo encadenado y alma libre. Por eso los 14 versos de un soneto bien escrito, representan el paso de un río caudaloso.

Cien sonetos de amor es uno de los libros más desconcertantes escritos por Neruda. Consecuente en forma y métrica con la identidad que reclama, bruscamente se zafa de las ataduras de la rima: “Sabrás que no te amo y que te amo/ puesto que de dos modos es la vida/ la palabra es un ala del silencio/ el fuego tiene una mitad de frío” (Soneto XLIV).

Neruda no es un hombre hecho a la medida de la costumbre. Desde que empieza a resumir, su caparazón cruje. Por eso se rebeló contra los gobiernos cuadrículados y los amores consuetudinarios. La ortodoxia no fue en sus manos un azadón apto ni siquiera par a la siembra poética. *Cien sonetos de amor* corrobora la vigencia de los descuadernados y armoniosos elementos en que se movió como pez en el agua.

Renegar con elegancia de lo que la tradición secular y la crítica autorizada avalan, es una hazaña. Y eso es lo que realiza Neruda al escribir con conocimiento de causa cien sonetos desprovistos del círculo envolvente en que ha girado siempre este poema.

El conocimiento adquirido por él en esa exploración de cielos, tierras, aguas, fuegos, que lo convocó desde el primer momento, no podía estar ausente en esa empresa osada que significa haber escrito 100 textos deconstructores de su ramaje testicular y antiguo. No obstante, se detiene un momento y pulsa con maestría el arpa conocida:

*No te quiero sino porque te quiero
y de quererte a no quererte, llego*

*y de esperarte cuando no te espero
pasa mi corazón del frío al fuego.*

*Te quiero sólo porque a ti te quiero
te odio sin fin y odiándote te ruego
y la medida de mi amor viajero
es no verte y amarte como un ciego.*

*Tal vez consumirá la luz de enero
su rayo cruel, mi corazón entero
robándome la llave del sosiego.*

*En esta historia sólo yo me muero
y moriré de amor porque te quiero
porque te quiero, amor, a sangre y fuego.*

La inspiradora de estos versos no parece la misma muchacha descalza y loca, que acostada en la arena o bañada de espuma, se abría a las urgencias del amor. Sin embargo es la misma Matilde quien, después de caminar por tanto tiempo en la sombra, arriba triunfalmente para no irse más.

En conocida entrevista dice Jorge Luis Borges: “Descreo del comunismo pero creo que le fue muy útil a Neruda, ya que lo llevó a ser un gran poeta, cosa que no hubiera sido si hubiera seguido escribiendo versos amoratorios o sentimentales. Como poeta sentimental, era flojo”. (“Borges el memorioso”, en “Magazine dominical”, núm. 588, *El Espectador*, 7 de agosto de 1994, Bogotá).

El fatalismo propio del taumaturgo hace suyo al poeta. Una servidumbre impuesta por requerimientos casi siempre subjetivos lo ata y renueva. Como poeta del amor y seguidor de la mujer en todas las estaciones, Neruda no podía permanecer ajeno a esta verdad.

Por otra parte, la poesía llamada política, a pesar de la fugacidad que le imprimen acontecimientos pasajeros, no participa de la emoción sentimental. La salva el pragmatismo. La conveniencia utilitarista del momento y eso, aun en lo que a poesía se refiere, es más duradero para algunos observadores que el destello, siempre fugaz, del amor. No todo lo que Neruda urdió para celebrar la cercanía femenina brilla igual. No se puede esperar la misma intensidad a lo largo de un ritual que abarca más de cincuenta años de ejercicio.

Toda mujer, sea cual fuere su destino, lo impulsó a celebrarla. Cantó con fervor la trayectoria y personalidad avasallantes de Manuela Sáenz, la mujer que nunca podrá desvincularse del fracaso y la gloria de Bolívar. La misma que al final, asomada a las desoladas aguas del

mar de Paita, languidece atada a una silla tiránica y al recuerdo del oro “de los más fugaces días”.

¿Qué diferencias existen entre *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, *Los versos del capitán* y *Cien sonetos de amor*, ejemplares emblemáticos en la bibliografía amorosa de Neruda?

Veinte poemas de amor y una canción desesperada es la adolescencia desatada en vientos de borrasca. Escrito cuando el poeta tenía apenas 20 años en plena eclosión surrealista, responde al extravío nostálgico que nos requiere en esta selva ontológica y azarosa.

Las mujeres que lo inspiraron pasaron sin echar raíces. Un adolescente desamparado se asoma a la tarde llena de presagios. Boinas grises y ojos oceánicos giran en el crepúsculo. A su lado corre, como un río, la vida. El amor huye y sólo quedan las palabras, el recuerdo, la finitud.

gloriacepe@hotmail.com

Gloria Cepeda Vargas. Poeta colombiana. Colaboradora del Grupo “Mayras” de la Universidad del Cauca, Popayán.

Recepción: 01 de febrero de 2005

Aprobación: 15 de febrero de 2005

Bibliografía

Chao, Ramón e Ignacio, Ramonet (1994), “Borges el memorioso”, en “Magazine Dominical” de *El Espectador*, Bogotá.

Farías, Víctor (edición y prólogo) (1997), *Cuadernos de Temuco*, Colombia: Seix Barral, Planeta Colombiana, primera reimpresión.

Neruda, Pablo (1998), *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, Medellín: Ediciones Drake.

Neruda, Pablo (1970), *Canto General*, Buenos Aires: Losada.

Suárez, Eulogio (1998), *Neruda total*, Bogotá: Presencia y Federación Nacional de Cooperativas de Educadores de Colombia.